

Juan Pablo II en Centroamérica: La significación política de su viaje

Joseph Ferraro

Área de Sociología
UAM-Iztapalapa

La lucha de la Iglesia por la justicia y la paz antes del viaje del papa

Paz y justicia son cosas íntimamente relacionadas en el mundo moderno. La revolución industrial y la división de la sociedad en proletarios y capitalistas han dado testimonio de esta verdad. Las injusticias perpetradas contra la clase proletaria por la clase industrial y capitalista han resultado en la perturbación del orden social nacional, y, en tiempos más modernos, del orden internacional, mediante la división del mundo en dos bloques ideológicos contrarios.

En esta lucha, la Iglesia católica no ha sido neutral. Al contrario, a pesar de *concepciones populares del significado de su doctrina social*, la Iglesia oficial se ha esforzado por conservar y proteger el capitalismo en contra del socialismo.¹ La doctrina social católica, la que tuvo su origen en la *Rerum novarum* de León XIII en 1891, sólo busca un mejor trato de los proletarios dentro de las relaciones productivas existentes, es decir, sólo busca un mejor trato pero bajo la condición de que permanezcan intactas las relaciones productivas capitalistas y, obviamente, el capitalismo. Por ejemplo, a pesar de que León XIII y Pío XI afirmaron que el fruto del trabajo debe pertenecer al trabajador,² atribuyeron las relaciones productivas capitalistas al orden establecido en el mundo por Dios.³ Por tanto, contradiciendo el principio de "los frutos del trabajo al trabajador" que

ellos mismos sostuvieron, concedieron las ganancias, es decir, en este caso, el fruto de trabajo ajeno, a los capitalistas.⁴ En vez de cumplir con los requisitos del "fruto del trabajo al trabajador", la doctrina social de León XIII, Pío XI, etc., sólo busca reformas en el sistema capitalista mediante las cuales el obrero pueda recibir un salario con que vivir⁵ y, de este modo, esperan mitigar las desigualdades y lograr la paz social. Tal como lo afirmó Pío XI, si no se pone empeño en realizar reformas en el sistema económico capitalista sin demora, "nadie podrá abrigar la convicción de que quepa defender eficazmente el orden público, la paz y la tranquilidad de la sociedad humana contra los promotores de la revolución".⁶ La doctrina social de la Iglesia, entonces, protege la propiedad privada del capitalista como un derecho de la ley natural,⁷ es decir, un derecho decretado por Dios.

Lo que hemos afirmado de León XIII y Pío XI, hay que afirmarlo también de Juan XXIII, el Concilio Vaticano II y Pablo VI.⁸ Contra las concepciones populares de la significación de la obra de éstos, ni uno ni otro rechazó la doctrina de sus predecesores mencionados. Al contrario, su aportación a la doctrina social católica fue la de justificar la extensión de las relaciones productivas capitalistas mediante préstamos e inversiones en los países en vías de desarrollo,⁹ es decir, santificaron la existencia de un capitalismo dependiente.

Si atendemos más concretamente al Vaticano II, descubrimos que sus fines principales fueron los de la paz y la justicia.¹⁰ Las palabras antes citadas de Pío XI acerca de la urgencia de realizar reformas en el capitalismo habían probado ser demasiado ciertas. Cuando Pío XI pronunció estas palabras en 1931, sólo existía un país comunista: Rusia. Pero en 1961, cuando Juan XXIII convocó al Concilio Vaticano II, ya existían 17 naciones que, de un modo u otro, tenían gobiernos comunistas: Estonia, Lituania, Letonia, Albania, Alemania Oriental,

Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania, Yugoslavia, China, Tibet, Corea del Norte, Vietnam del Norte, Cuba y, por supuesto, la Unión Soviética. Con razón Juan XXIII exclamó en *Mater et magistra* (1961) que "*hoy más que nunca* [el subrayado es nuestro], es necesario que la doctrina social de la Iglesia sea no solamente conocida y estudiada, sino además llevada a la práctica".¹¹ Por tanto, el Vaticano II no buscó una paz neutral en la lucha entre los dos bloques ideológicos, sino una paz ideológicamente provechosa para el bloque capitalista, y los cambios realizados por el Concilio tuvieron como meta este fin político.

Las injusticias no sólo existían en Europa y en Asia con la ascendiente expansión del comunismo,¹² sino también en América Latina, una parte del mundo con una población mayoritariamente católica; y las palabras de Pío XI sobre la necesidad de realizar reformas en la sociedad, sea en la ciudad o en el campo, una vez más dieron en el blanco. Como vimos anteriormente, antes del Concilio, Cuba ya era comunista. Y antes de la conferencia del Celam en Medellín (1968), obispos en Panamá, Colombia, Perú, Venezuela, Brasil, Chile, Bolivia, etc., expresaron su preocupación referente a la expansión comunista en sus respectivos países.¹³ Inclusive, en 1967, un año antes de Medellín, Hélder Cámara afirmó que todo el mundo marcha hacia el socialismo.¹⁴ De hecho, según Dussel, en los años sesenta la condena del comunismo en América Latina era un acontecimiento común.¹⁵ Medellín mismo reconoció la existencia del peligro comunista¹⁶ tanto como Pablo VI cuando inauguró la conferencia.¹⁷ Lo mismo hay que afirmar de Puebla¹⁸ y la inauguración de la misma por Juan Pablo II,¹⁹ y tanto Medellín como Puebla apreciaron la íntima relación existente entre paz y justicia.²⁰ Pero contra lo que afirma Gutiérrez explícitamente²¹ y los otros teólogos de la liberación en general acerca de Medellín, éste no

desligó la Iglesia oficial del lado de las clases explotadoras, ya que para resolver los problemas del área en 1968 los obispos del Celam proclamaron, como lo hicieron también en Puebla en 1979, la necesidad de seguir la doctrina social de la Iglesia,²² es decir, tal como ya hemos visto, una doctrina en esencia inconsistente y que favorece al capitalismo mediante una reforma del sistema. Tal como Kautsky tan acertadamente afirmó, "entre los intereses de las clases dirigentes y una reforma social no hay una incompatibilidad fundamental. La reforma consolida por un momento su situación social; hasta puede llegar a reforzarla".²³ Por tanto, Miranda pudo afirmar en 1981 que la Iglesia oficial todavía está del lado de la clase explotadora y pudo denunciar a los teólogos de la liberación por encubrir este hecho.²⁴

Paz y justicia fueron los fines del Vaticano II, y los mismos de Medellín y Puebla. Pero tal como en el caso del Concilio referente al mundo en general, la paz deseada por Medellín y Puebla no fue ideológicamente neutral sino orientada a la conservación y consolidación del capitalismo en América Latina mediante la aplicación de la doctrina social católica.²⁵ Si no se realizan reformas en la sociedad, nos había dicho Pío XI, "nadie podrá abrigar la convicción de que quepa defender eficazmente el orden público, la paz y la tranquilidad de la sociedad humana contra los promotores de la revolución".²⁶

En 1983, cuando Juan Pablo II hizo su viaje a América Central, en un sentido real las palabras de Pío XI acerca de la íntima relación entre la práctica de la injusticia y los avances socialistas otra vez habían dado en el blanco. Existía actividad guerrillera esporádica en Guatemala, El Salvador sufría de un movimiento revolucionario marxista de gran escala y en Nicaragua ya existía un gobierno de tendencia marxista. Más aún, las grandes injusticias presentes en los otros países del área

podían conducir a movimientos parecidos. A esta zona del mundo amenazada con revoluciones socialistas, Juan Pablo II vino como mensajero de la paz, pero como es de sospecharse, no de una paz neutral en la lucha entre los dos bloques ideológicos, sino una favorable a las clases ricas y explotadoras.

Declaraciones sobre la condición general en América Central

De acuerdo con el Vaticano II y con lo de Medellín, los problemas de la paz y de la justicia, en la mente de Juan Pablo II, fueron de primer orden. Según él, en la región de Centroamérica existen "la división, la injusticia, la excesiva desigualdad, la degradación de la calidad de la vida, la miseria, el hambre, [y] el miedo de mucha gente". Los campesinos "se ven incapaces de vivir de su propia tierra"; y las gentes "se amontonan, sin trabajo, en las ciudades".²⁷ Los pueblos de Centroamérica, pues, "viven permanentemente en un estado de gran tensión interna",²⁸ la que tiene "su fuente en las viejas estructuras socioeconómicas, en las estructuras injustas que permiten la acumulación de la mayoría de los bienes en manos de una élite poco numerosa, juntamente con la simultánea pobreza y miseria de una enorme mayoría de la sociedad".²⁹ Por tanto, no sólo abundan las tensiones, sino también "los enfrentamientos que amenazan con graves conflictos y [que...] han abierto las puertas al torrente desolador de la violencia en todas sus formas". Exclama el papa: "¡Cuántas vidas segadas cruel e inútilmente! Pueblos que tienen derecho a la paz y a la justicia, se ven sacudidos por luchas inhumanas, por el odio [y] la venganza".³⁰ En efecto, dice él, "ha resonado con acentos de urgencia en mi espíritu el clamor desgarrado que se eleva desde estas tierras y que invoca la paz, el

final de la guerra y de las muertes violentas; que implora reconciliación, desterrando las divisiones y el odio; que anhela una justicia, larga y hasta hoy inútilmente esperada; que quiere ser llamada a una mayor dignidad sin renunciar a sus esencias religiosas cristianas".³¹

Sin embargo, para llegar a una solución de los problemas del área, incluyendo los de los ataques de los contrarrevolucionarios en Nicaragua, el papa dejó claro que la doctrina del Vaticano II está vigente. No sólo intituló uno de sus discursos "Vigencia del Vaticano II",³² más aún, haciendo referencia a la solución de la cuestión social,³³ afirmó que

...el problema fundamental y central es asegurar la identidad de la Iglesia en el nivel doctrinal y pastoral, de acuerdo con la enseñanza del Concilio Vaticano II y con las orientaciones de la última Conferencia General del Episcopado Latino Americano celebrado en Puebla, el año de 1979.³⁴

Además, se encuentran en los discursos del papa por lo menos 34 referencias explícitas al Concilio,³⁵ algunas de las cuales manifiestan una exhortación abierta de construir una sociedad de acuerdo con las enseñanzas de este Concilio y mediante sus métodos.

Orientaciones generales más concretas para la solución de los problemas sociales del área

Para lograr la paz y, por supuesto, de este modo evitar persecuciones religiosas orientadas a hacer que los fieles renuncien a sus creencias cristianas, se necesitaba un cambio de estructuras. Pero al cumplir con esta misión, nos dice el papa, "todo hombre de Iglesia deberá tener en cuenta que no puede recurrir a métodos de violencia que repugnan a su condición cristiana, ni a ideologías que se inspiran en visiones reductivas del

hombre y de su destino trascendente".³⁶ Juan Pablo II, citando a Pablo VI en Medellín, afirmó que "la violencia no es cristiana ni evangélica"; y, poniéndose más explícitamente en contra de cualquier solución de los problemas sociales del área marxista, aunque sea cristiana-marxista, Juan Pablo II nos dice que "en la búsqueda de una mejor justicia y elevación vuestra, no podéis dejaros arrastrar por la tentación de la violencia, de la guerrilla armada o de la lucha egoísta de clases; porque éste no es el camino de Jesucristo, ni de la Iglesia ni de vuestra fe cristiana". Juan Pablo II avisa a los habitantes de América Central que "hay quienes están interesados en que abandonéis vuestro trabajo, para empuñar las armas del odio y de la lucha contra otros hermanos vuestros". Pero el papa les amonesta: "A éstos no los debéis seguir";³⁷ porque debido a la violencia

...sin lugar a dudas, crecerá el odio y las distancias entre los grupos sociales, se ahondará la crisis social de vuestro pueblo, aumentarán las tensiones y los conflictos llegando hasta el inaceptable derramamiento de sangre, como de hecho ya ha sucedido. Con estos métodos —nos dice el papa— completamente contrarios al amor de Dios, a las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia, haréis imposible la realización de vuestras nobles aspiraciones. Y se provocarán nuevos males de descomposición moral y social, con pérdida de los más preciados valores cristianos".³⁸

Por tanto, "no os dejéis instrumentalizar por ideologías que os incitan a la violencia y a la muerte".³⁹ "La opción que se pone ante nosotros no es la del *status quo* o la lucha ideológica de clase, con su correspondiente violencia", sino una reforma *no violenta* mediante la doctrina social de la Iglesia,⁴⁰ mediante el reemplazo de la violencia por el amor y la justicia cristianos.⁴¹



Como debe ser obvio por las descripciones que nos ha dado de las ideologías, las que fomentan la lucha de clases y la violencia, las que sostienen que la violencia es el motor de la historia,⁴² etc., es completamente inaceptable para el papa cualquier solución de tipo marxista,⁴³ aun la que existe en Nicaragua y como la de la revolución que tiene lugar en El Salvador. De acuerdo con el Vaticano II, Medellín y Puebla, el papa rechaza el marxismo y el capitalismo *liberal* (ya que en gran parte la explotación extrema de éste ha sido causa de buscar soluciones marxistas) como posibles opciones para resolver los problemas del área. Esto no quiere decir, por supuesto, que Juan Pablo II busque una solución neutral en la lucha ideológica. Al contrario, aboga por una solución de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia, es decir, por una solución que humanice y *consERVE al capitalismo*. Y se ve claramente en su discurso que él trata de evitar que los cristianos tomen las armas en contra de sus opresores.

Otras orientaciones generales: La unidad y la Eucaristía

Hemos visto que cuando Juan Pablo II habló de las condiciones imperantes en Centroamérica, afirmó que existían divisiones y que debido a éstas se generaba la violencia. Para alcanzar la paz en Centroamérica, una de las cosas fundamentales además de la justicia, fue la de desterrar las divisiones entre las personas de la misma nación,⁴⁴ divisiones que conducen a tensiones y "enfrentamientos que amenazan con graves conflictos y abren las puertas al torrente desolador de la violencia en todas sus formas".⁴⁵ Por tanto, la comunidad eclesial debe ser "germen firmísimo de unidad y de paz";⁴⁶ o, como afirmó el Concilio Vaticano II y fue citado por el papa, la jerarquía debe ser "principio de unidad (*Lumen gentium*, 23)", ya que "el eje y la fidelidad de la misión de Pastores es ser instrumentos de unidad en la comunidad".⁴⁷ A su vez, "la

unidad interna de la Iglesia", la unidad de los fieles, "exige el acatamiento pronto y sincero a la enseñanza de los Pastores".⁴⁸

Sin embargo la unidad de la Iglesia, especialmente en lo que se refiere al problema social, tiene otras consecuencias en favor de la doctrina social católica. "La mejor garantía para una predicación fecunda es el testimonio de la unidad de la Iglesia";⁴⁹ la unidad es también "fuente de una gran fuerza apostólica";⁵⁰ y la unidad de los obispos y de las comunidades que apacientan, debe ser "garantía de concordia también social".⁵¹ Más aún, nos dice Juan Pablo II que "en la unidad está la fuerza de la Iglesia". En la fuerza de la unidad, la Iglesia tiene "incluso la garantía de un peso moral en la sociedad, la posibilidad de hacer presente y defender con eficacia la causa de los más necesitados". Las divisiones en la Iglesia, por otra parte, solo la aprovecharán "quienes quieren instrumentalizar" el ministerio.⁵²

En lo que se refiere a este llamamiento a la unidad, hay que recordar que se trata de Centroamérica, donde el marxismo está alcanzando grandes adelantos. La unidad de la Iglesia, pues, no sólo implica una unidad religiosa sino también una unidad política en contra del marxismo y en favor del capitalismo.

Sin embargo, esta unidad y la fuerza para el apostolado en favor de la doctrina social no se saca del aire; se deben principalmente a la Eucaristía. En Haití, cuando Juan Pablo II asistió a la clausura del Congreso Eucarístico celebrado allí, afirmó: "Habéis escogido como eslogan de vuestro Congreso: 'Es necesario que algo cambie aquí'. Pues bien, en la Eucaristía encontráis la inspiración, la fuerza y la perseverancia para comprometeros en este proceso de cambio"⁵³ en favor de la aplicación de la doctrina social de la Iglesia. Más aún, "el hecho de ser miembros del Cuerpo de Cristo y de participar del banquete eucarístico os compromete a promover estos

cambios". Tal como en el caso del Vaticano II, la Eucaristía se ha convertido en un símbolo de la conservación del capitalismo y, en este caso, en un área del mundo que estaba rechazándolo. La Eucaristía, para Juan Pablo II, el Concilio, Medellín, etc., es, en efecto, la que realiza la unidad de la Iglesia⁵⁴ y, por tanto, se ha convertido en un instrumento ideológico en las manos de las clases dominantes.

A Centroamérica, pues, a esta región sacudida por injusticia y resultantes revoluciones marxistas, el papa Juan Pablo II vino como mensajero de la paz, pero una paz que excluye cualquier forma marxista de gobierno, ya que ésta debe lograrse mediante la práctica de la justicia social, mediante la no violencia, y mediante la unidad de la Iglesia alrededor de los obispos obtenida por la Eucaristía. Vino el papa como mensajero de una paz favoreciente a las clases dominantes y explotadoras del área.

Juan Pablo II en Guatemala

En Guatemala el papa reconoció que "esta nación ha sido varias veces, aun en tiempos recientes, escenario de calamidades que han sembrado muerte y destrucción en muchos hogares. Y hoy sigue sufriendo el flagelo de la lucha entre hermanos que provoca tanto dolor".⁵⁵ Dijo el papa que "también en este momento la Iglesia conoce, queridos hijos, la marginación que sufrís; las injusticias que soportáis; las serias dificultades que tenéis para defender vuestras tierras y vuestros derechos; la frecuente falta de respeto hacia vuestras costumbres y tradiciones".⁵⁶

Pero en lo que se refiere a encontrar una solución a las injusticias sufridas, Juan Pablo es muy explícito. Advierte a los guatemaltecos que no se dejen ofuscar por

hombres que portan promesas ideológicas que son contrarias a la fe⁵⁷ y que no se dejen "instrumentalizar por ideologías que [...] incitan a la violencia y la muerte".⁵⁸ No sólo estaba el papa amonestando a los laicos contra las ideologías, sino también a los sacerdotes.⁵⁹ En tanto que la paz se construye sobre la base de la justicia,⁶⁰ la solución de los problemas sociales de Guatemala, hay que buscarla en la aplicación de la doctrina social de la Iglesia,⁶¹ es decir, en el capitalismo reformado o en reformas en la sociedad que dejan intacta su estructura clasista.

Juan Pablo II en El Salvador

En este país el papa reconoció la existencia de "una situación todavía no irreparable, que ha sido sementera de dañosas divisiones y, peor aún, del derramamiento de tanta sangre inocente por todo el suelo nacional".⁶² Con la sangre de Cristo, según el papa, se puede vencer el mal existente en las estructuras sociales, es decir, el mal de la división entre los hombres, "un mal que ha sembrado el mundo de sepulcros con las guerras, con esa terrible espiral del odio que arrasa, aniquila, en forma tétrica e insensata".⁶³ Exclama el papa, "¡Cuántos hogares destruidos! ¡Cuántos refugiados, exiliados y desplazados! ¡Cuántos niños huérfanos! ¡Cuántas vidas nobles, inocentes, tronchadas cruel y brutalmente!" En El Salvador, por supuesto, no sólo los laicos han tenido que sufrir del mal de las estructuras injustas, sino también los sacerdotes y religiosos, tanto hombres como mujeres, e incluso el obispo Óscar Arnulfo Romero.⁶⁴ El papa expresa sus esperanzas de que la muerte de monseñor Romero no sea instrumentalizada por ningún interés ideológico.⁶⁵ Pidió a los sacerdotes que fueran prontos para sacrificarse por la verdadera doctrina de la fe; pero les avisó, a la vez, que

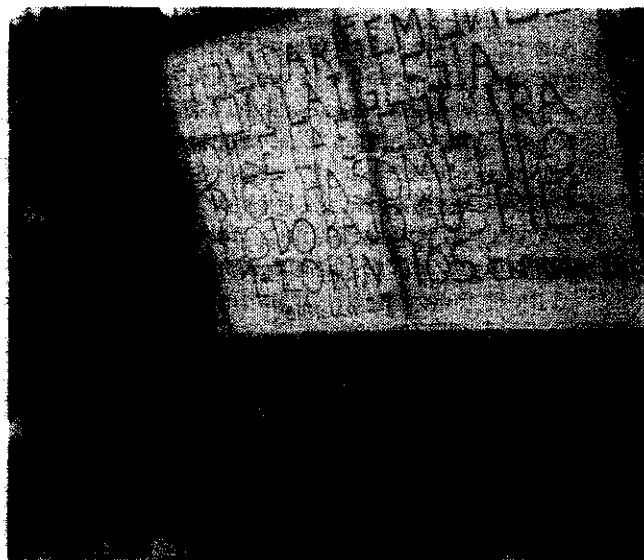
no vale la pena dar la vida "por una ideología, por un Evangelio mutilado o instrumentado por una opción partidista";⁶⁶ y recalcó en varios momentos de sus discursos el peligro de las ideologías.⁶⁷ Para Juan Pablo II, en El Salvador, como siempre, la paz se halla íntimamente conectada con la práctica de la justicia,⁶⁸ y ésta se define de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia.⁶⁹ El papa otra vez se halló utilizando la religión de un modo ideológico, de un modo que tuvo como meta el fin del movimiento marxista y los valores de éste en El Salvador.

Juan Pablo II en Nicaragua

Cuando el 4 de marzo de 1983, el papa Juan Pablo II arribó al aeropuerto de Nicaragua, afirmó que su visita fue de carácter religioso y que venía "como mensajero de paz".⁷⁰ Los nicaragienses deseaban ardientemente la paz. No hace mucho tiempo que ellos se vieron forzados a tomar las armas para defenderse contra el dictador Anastasio Somoza. Los sandinistas querían la paz para consolidar las conquistas de su revolución y para tratar de construir un nuevo tipo de sociedad. Una indicación de que se trataba de edificar algo *sui generis* se veía en el hecho de que marxistas y cristianos cooperaron para derrocar a Somoza y que en el gobierno sandinista, de tendencia marxista, se hallaban cinco sacerdotes desempeñando cargos de importancia —Ernesto Cardenal, Fernando Cardenal, Edgar Parrales, Alvaro Argüello y Miguel D'Escoto, el último, el Canciller del gobierno—.⁷¹ Los Estados Unidos también querían la paz; pero no la misma que los sandinistas. Por tanto, hacían todo lo posible para hostigar, debilitar y derrocar al gobierno sandinista. Además daban todo tipo de apoyo a contrarrevolucionarios, quienes eran, en realidad, sus mercenarios.

De hecho, el día anterior al arribo del papa a Nicaragua, una agresión fronteriza por contrarrevolucionarios dejó un saldo de 17 jóvenes sandinistas muertos.⁷² Las madres y familiares de las víctimas asistieron a la misa del papa, celebrada en la Plaza 19 de Julio, esperando que el mensajero de la paz tendría palabras de consuelo para ellos. Pero no fue tal el caso. Más aún, unas 50 madres de soldados caídos en la guerra de liberación contra Somoza y en la agresión fronteriza del día anterior, se fijaron en que durante la misa, el papa no hablaba de la paz. Estas mujeres empezaron a gritar: "¡Queremos la paz!"; y sus gritos contagiaron a la multitud en su alrededor. Luego, pidieron en voz alta: "¡Una oración por nuestros muertos!";⁷³ pero el papa no rezó por los difuntos.⁷⁴ Quizá tratando de reestablecer el orden, el papa gritó varias veces: "¡Silencio!"; y afirmó con gran firmeza: "¡La primera que quiere la paz es la Iglesia!"⁷⁵ Independientemente de los hechos reales que acontecieron durante esta misa celebrada el 4 de marzo en la Plaza 19 de Julio, Radio Vaticano afirmó que los gobernantes izquierdistas de Nicaragua profanaron la misa, que éstos habían convertido un acto religioso en un acto político.⁷⁶ Juan Pablo II, pues, llegó a Centroamérica como mensajero de la paz, pero no una paz concebida por los nicaragüenses.

Cuando las madres de los difuntos sandinistas gritaron al papa Juan Pablo II: "¡Queremos la paz!", y él, a su vez, respondió que "¡La primera que quiere la paz es la Iglesia!", con los antecedentes que ya hemos visto, resulta obvio que no estaban hablando de la misma cosa. Las mujeres querían el fin de las agresiones contrarrevolucionarias en contra de Nicaragua y del gobierno sandinista; el papa, siguiendo la línea del Concilio y también poniéndose de acuerdo con Reagan, deseaba el fin de la Revolución sandinista. Las madres en luto querían una paz para consolidar lo ya hecho;



Juan Pablo II, cumpliendo con la orientación del Vaticano II, Medellín y Puebla, deseaba con Estados Unidos una paz que destruyera lo ya hecho. Las mujeres de luto querían una paz en favor de los pobres; Juan Pablo II, el Concilio, Medellín, Puebla y el gobierno de Estados Unidos, una paz que pacificara a los pobres con reformas en beneficio de la sobrevivencia del capitalismo en el área. Juan Pablo II viajó a Nicaragua y a América Central como "mensajero de la paz", pero como mensajero de una paz capitalista; y el papa no titubeó en emplear la liturgia del día para un fin ideológico.

Los textos escriturarios escogidos para su homilfa política ese 4 de marzo de 1983 trataban de la unidad.⁷⁷ Utilizando éstos como punto de partida, Juan Pablo II afirmó que Jesucristo ha dado la unidad a su Iglesia y ha hecho de ésta, según dice el Concilio, "como un sacramento o signo de la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano".⁷⁸ Es preciso recalcar

aquí que, como veremos más adelante, el papa no sólo habla de una unidad religiosa, sino también de una unidad política, una unidad de criterios referente a la justicia social y, por tanto, una unidad en contra del comunismo en general y en contra del sandinismo en particular.

Pero el papa prosigue con su discurso y con su uso político de la liturgia. Según él, esta unidad se debe a la Eucaristía, la Eucaristía que "es en sí misma signo y causa de unidad".⁷⁹ Pero como debe ser obvio, la unidad causada y significada por la Eucaristía no puede ser la dada a Nicaragua por los sandinistas, porque el papa afirmó en contra de ellos, que

...en efecto, la unidad de la Iglesia es puesta en cuestión cuando a los poderosos factores que la constituyen y mantienen [...] se anteponen consideraciones terrenas ideológicas inaceptables.⁸⁰

Continuó:

[...] Sí, mis queridos hermanos centroamericanos y nicaragüenses: cuando el cristiano, sea cual fuere su opción, prefiere cualquier otra doctrina o ideología a la enseñanza de los Apóstoles y de la Iglesia [a qué se refiere debe estar claro]; cuando se hace de estas doctrinas el criterio de nuestra vocación; [...] puede hacerse responsable de romper esta unidad, actuando al margen o contra la voluntad de los obispos "a quienes el Espíritu Santo ha puesto para guiar la Iglesia de Dios".⁸¹

Esta unidad de los fieles en torno a sus obispos, en el caso concreto de Nicaragua, quiere decir la unidad con la doctrina social católica en vez de una solución de tipo cristiano-marxista al problema social y, por tanto, alrededor de la burguesía nicaragüense y las otras clases anteriormente dominantes en contra de los sandinistas católicos; y quiere decir, la unidad alrededor de aquellos

que usan la religión y la Eucaristía en defensa del capitalismo. Más aún, el discurso contra los católicos que se encuentran entre los sandinistas implica una justificación de la actividad contrarrevolucionaria, la justificación de la intervención de los Estados Unidos en el área y la justificación de más derramamiento de sangre sandinista. Juan Pablo II, en su discurso, implicó que esta doctrina social católica, la que es burguesa, tiene su origen con los Apóstoles o, por lo menos, es una enseñanza de la Iglesia de acuerdo con la de ellos; es decir, el papa, Juan Pablo II, *fiel* a la tradición de León XIII, Pío XI, Juan XXIII, el Concilio y Medellín, pretende que esta doctrina social pertenece a la divina revelación y, por tanto, debe ser aceptada por todos los fieles.⁸² El papa plantea la solución del problema social bajo la perspectiva de ortodoxia católica contra la no ortodoxia de los cristianos sandinistas. Pero cabe cuestionar y criticar estas implicaciones.

Tal como todo el mundo sabe, la Iglesia primitiva de Jerusalén se constituía en una comunidad de tipo comunista; pero un comunismo que resultó impráctico y desapareció. Más tarde, algunos hombres, buscando a Dios y encontrando en la economía de la ciudad un estorbo, fueron al desierto y transformaron dicho modo de producción en lo que podían, según las limitaciones históricas de su tiempo. Establecieron monasterios y escogieron una economía comunista *funcional*, como la base económica de la superestructura de su vida espiritual. Empezaron el gran movimiento monástico, el que fue responsable de la conservación de la civilización en Europa. Durante la Edad Media, la Iglesia santificó no sólo la práctica comunista de los monasterios sino también la de las tierras comunales, una práctica especialmente alabada por Engels.⁸³ En el siglo XIII, cuando el movimiento escolástico llegó a su culminación, Santo Tomás de Aquino, el príncipe de los escolásticos, enseñó que no es la

propiedad privada la que es de derecho natural, sino el uso común de los bienes.⁸⁴ La propiedad privada no es más que un derecho civil⁸⁵ cuya finalidad debe ser la de garantizar su uso común.⁸⁶ Más aún, las relaciones productivas capitalistas, según los principios que utilizó, hubieran sido consideradas como una violación de la justicia conmutativa,⁸⁷ otra forma de usura⁸⁸ y, por tanto, como intrínsecamente malas e incapaces de reforma. Tal como Porfirio Miranda tan acertadamente ha afirmado, "que un cristiano se diga anticomunista [...] constituye sin duda alguna el mayor escándalo de nuestro siglo". Puesto que "la idea de comunismo está con todas sus letras en el Nuevo Testamento [...] no hay demostración más clara del lavado cerebral a que nos tiene sometidos el *establishment*, que el hecho de que la concepción oficial y divulgada del cristianismo es anticomunista". Al fin y al cabo, "la iniciativa comunista en la historia de Occidente es iniciativa cristiana". Por tanto, "¿Qué especie de locura se ha abatido sobre el mundo occidental para que combata como a máximo enemigo lo que es el proyecto cristiano por excelencia?"⁸⁹

Continuemos con el discurso político del papa. Dice a los nicaragüenses que:

...una prueba de la unidad de la Iglesia en un determinado lugar es el respeto a las orientaciones pastorales dadas por los obispos a su clero y fieles. Esa acción pastoral orgánica es una poderosa garantía de la unidad eclesial. Un deber que grava especialmente sobre los sacerdotes, religiosos y demás agentes de la pastoral. Pero el deber de construir y mantener la unidad es también una responsabilidad de todos los miembros de la Iglesia, vinculados por un único bautismo, en la misma profesión de fe, en la obediencia al propio obispo y fieles al Sucesor de Pedro.⁹⁰

En Nicaragua, por supuesto, los cristianos revolucionarios, incluyendo a los sacerdotes en el gobierno, no

acataban la orientación política del obispo Obando y Bravo, quien era uno de los más destacados enemigos en Nicaragua del sandinismo y de los cristianos sandinistas. El papa Juan Pablo II, pues, estaba tratando de informar a los cristiano-sandinistas de su responsabilidad de dejar a la revolución y a su gobierno, informarles de la responsabilidad de cerrar filas en contra de la doctrina de Marx y de su responsabilidad de conservar el capitalismo en Nicaragua.

El papa continúa su discurso:

...Queridos hermanos: Tened bien presente que hay casos en los cuales la unidad sólo se salva cuando cada uno es capaz de renunciar a ideas, planes y compromisos propios, incluso buenos —¡cuánto más cuando carecen de la necesaria referencia eclesial!— por el bien superior de la comunión con el obispo, con el papa, con toda la Iglesia.⁹¹

Y esta Iglesia "debe mantenerse unida para poder contrarrestar las diversas formas, directas o indirectas, de materialismo que su misión encuentra en el mundo".⁹² Más aún, la Iglesia "ha de estar unida para anunciar el verdadero mensaje del Evangelio —según las normas de la Tradición [leonina en materia social] y del Magisterio— y que esté libre de deformaciones debidas a cualquier ideología humana o programa político".⁹³

La significación de estas palabras debe ser clara en lo que se refiere a los cristianos sandinistas. Pero el papa no sólo depende de su discurso para tratar de convencer a los cristiano-marxistas de su "error" y de su responsabilidad de renunciar a sus ideas divisoras de la unidad católica burguesa. Acudió a la Eucaristía con este fin. La Eucaristía le debía ayudar en este esfuerzo porque, tal como afirmó el papa:

La Eucaristía que estamos celebrando es en sí misma signo y causa de unidad [...] En la plegaria eucarística que

pronunciaremos dentro de unos instantes —dice— pediremos al Padre que, por la participación del cuerpo y de la sangre de Cristo, haga de nosotros un solo cuerpo y un solo espíritu,⁹⁴ [Pero para lograr esta unión] se requiere un compromiso serio y formal de respetar el carácter fundamental de la Eucaristía como signo de unidad y vínculo de caridad [...] Que esta Eucaristía que yo mismo, sucesor de San Pedro y fundamento de la unidad visible (*Lumen gentium*, 18) presido, y en la que participan vuestros obispos en torno al papa, os sirva de modelo y renovado impulso en vuestro comportamiento como cristianos.⁹⁵

Como debe ser patente de las palabras del papa y de las circunstancias en las que las pronunció, la Eucaristía debe ser causa de la unidad en la doctrina social de la Iglesia y, por tanto, alrededor de una solución capitalista del problema social. Tal como habíamos afirmado anteriormente, la paz y la justicia eran los fines de Juan Pablo II cuando visitó América Central en 1983, y ahora sabemos qué tipo de paz quiso cuando afirmó en la misma Nicaragua que la Iglesia es la primera que quiere la paz. De acuerdo con el Vaticano II, Medellín y Puebla, acontecimientos históricos que han tenido mucho fruto positivo pero cuyos fines eran políticos, el papa utilizó la unidad eclesial, la Eucaristía, una interpretación del cristianismo, la caridad cristiana, la no violencia, etc, como armas ideológicas para tratar de asegurar en el área una paz capitalista. Esto no debe ser sorpresa. Todo el mundo sabe que el Vaticano tiene su propio banco y, a lo mejor, sólo Dios sabe cuántas acciones tiene la jerarquía católica en empresas capitalistas. El papa vino a América Central no sólo como un dirigente religioso sino como miembro de la clase capitalista y empleó la religión en favor de los intereses de su clase. Cabe preguntar, por supuesto, si no se trata del uso de la religión como opio.

Notas

- 1 Véanse León XIII, *Rerum novarum*, págs. 1-11; Pío XI, *Quadragesimo anno*, págs. 2 y 10, 111-126; *Divini redemptoris*; Juan XXIII, *Mater et magistra*, págs. 10-34; Pablo VI, *Octogesima adveniens*, págs. 26-34; etc. Todas estas obras, con excepción de *Divini redemptoris*, se hallan en Jesús Iribarren, *Ocho grandes mensajes*, Editorial Católica, Madrid, 1973. La *Divini redemptoris* se halla en Federico Rodríguez, *Doctrina Pontificia: Documentos sociales*, Editorial Católica, Madrid, 1964.
- 2 León XIII, *Rerum novarum*, pág. 8; Pío XI, *Quadragesimo anno*, pág. 52.
- 3 Ambos papas sostienen que, por el orden de la naturaleza, el trabajo necesita del capital y el capital del trabajo. Véanse León XIII, *Rerum novarum*, pág. 14; Pío XI, *Quadragesimo anno*, pág. 53.
- 4 Véanse León XIII, *Rerum novarum*, págs. 13-16, 32; Pío XI, *Quadragesimo anno*, págs. 53-58, 63-75.
- 5 Véanse León XIII, *Rerum novarum*, pág. 32; Pío XI, *Quadragesimo anno*, págs. 64-75.
- 6 Pío XI, *Quadragesimo anno*, pág. 62.
- 7 León XIII, *Rerum novarum*, pág. 16; Pío XI, *Quadragesimo anno*, págs. 44-49.
- 8 En la *Mater et magistra* de Juan XXIII, encontramos las siguientes palabras sobre la doctrina de León XIII y Pío XI: En la *Rerum novarum* se hallan "los principios que habían de resolver el problema de la situación de los trabajadores en armonía con las normas de la doctrina cristiana" (7. Véanse págs. 8-15. Sobre la doctrina de Pío XI, véanse págs. 27-34). Juan XXIII inclusive afirmó que "el derecho de propiedad privada, aun en lo tocante a bienes de producción, tiene naturaleza" (109). El Vaticano II hizo suyo el pensamiento de Juan XXIII (*Gaudium et spes*, págs. 23); y Pablo VI (*Octogesima adveniens*, págs. 1-7) empleó expresiones parecidas a las de Juan XXIII.
- 9 Juan XXIII, *Mater et magistra*, pág. 165; el Vaticano II, *Gaudium et spes*, pág. 85; Pablo VI, *Populorum progressio*, págs. 43 y 47.
- 10 El Vaticano II, *Ad omnes homines*, págs. 11-13, en *Constitutiones. Decretos. Declaraciones*, Madrid, Editorial Católica, 1966.
- 11 Juan XXIII, *Mater et magistra*, pág. 221.
- 12 No tiene relevancia aquí el problema de hasta qué punto la justicia se practica en los países socialistas. Históricamente, lo esencial en las revoluciones socialistas ha sido la esperanza de la liberación de la explotación y miseria que ofrece la doctrina de Marx a las clases explotadas.
- 13 Dussel, *Historia de la Iglesia en América Latina*, Madrid, Editorial Mundo Negro, 1983, págs. 210-267.

- 14 *Ibid.*, pág. 256.
- 15 *Ibid.*, págs. 254-255.
- 16 El Celam, "Justicia", 10. En *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*, Librería Parroquial, México, 1970.
- 17 Pablo VI, "Discurso en la apertura de la segunda conferencia", 16. En el Celam, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*, Librería Parroquial, México, 1970.
- 18 El Celam, *La evangelización en el presente y el futuro de América Latina*, Ediciones de la Conferencia del Episcopado Mexicano, México, 1980, págs. 313, 543-544.
- 19 Véase Juan Pablo II, "Discurso inaugural", I, 4; III, 2. En el Celam, *La evangelización en el presente y el futuro de América Latina*, México, Ediciones de la Conferencia del Episcopado Mexicano, 1980.
- 20 El Celam, "Paz", *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*, Librería Parroquial, México, 1970, págs. 1, 7, 16; *La evangelización en el presente y el futuro de América Latina*, págs. 43, 89, 91, 544.
- 21 Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1974, pág. 236.
- 22 El Celam, "Justicia", 6, 3; *La evangelización en el presente y el futuro de América Latina*, págs. 472-475, 492.
- 23 Karl Kautsky, *La revolución social*, Siglo XXI, México, 1978, pág. 59.
- 24 José Porfirio Miranda, *Comunismo en la Biblia*, Siglo XXI, México, 1981, pág. 75.
- 25 En la Introducción de Borge, *La revolución [nicaragüense] combate contra la teología de la muerte*, Nicaragua, hay referencias que tratan de cómo en su opinión el Celam dice una cosa y hace otra (11); y en el texto de esta obra, existen quejas de Borge acerca de cómo la Iglesia oficial de su país usa a Cristo en contra del pueblo (11, 58-63).
- 26 Pío XI, *Quadragesimo anno*, pág. 62.
- 27 Juan Pablo II, "Pascua de liberación, y renovación personal y social", 19. Véanse también 20; "Dignidad de los trabajadores del campo y la violencia social", págs. 11-19; "Evangelización a los pobres", 15-18. Todos los discursos de Juan Pablo II citados en este artículo se hallan en "Centroamérica, viaje del papa a través de sus discursos, *Christus*, Centro de Reflexión Teológica, México, Año 48, Nos. 564-565, abril-mayo, 1983.
- 28 Juan Pablo II, "Evocación de su viaje a Centroamérica", 10.
- 29 *Ibid.*, pág. 11.
- 30 Juan Pablo II, "Unidad de la Iglesia y en la sociedad", pág. 10.
- 31 Juan Pablo II, "Significado Religioso y Finalidades Pastorales del Viaje", pág. 9.
- 32 Es el discurso número 39, el que pronunció en Haití.
- 33 Juan Pablo II, "Evocación de su viaje a Centroamérica", párrafo 11.
- 34 *Ibid.*, 13.
- 35 Juan Pablo II, "Significado religioso y finalidades pastorales del viaje", 10; "Unidad de la Iglesia y en la sociedad", 27; "Abrazar la causa de los pobres", 13; "Evangelización y fraternidad", 4, 5, 9, 13, 23; "Educar en la fe", 7; "Unidad en la Iglesia", 5, 9, 27; "Dignidad de los trabajadores del campo y la violencia social", 6; "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 4; "La fe y la promoción social. Evangelización y liberación", 21; "Evangelización a los pobres", 12, 12B; "Signos de comunión y reconciliación", 8, 23; "Relaciones entre la universidad y la Iglesia", 14; "El evangelio de María", 20; "La palabra de Dios", 17; "Unidad de las Iglesias", 4, 5, 11, 12; "Vigencia del Vaticano II", 4, 6, 7; "Pascua de liberación, y renovación personal y social", 3; "Figura de obispos en América Latina", 24, 43, 44; "Evocación de su viaje a centroamérica", 13.
- 36 Juan Pablo II, "Unidad en la Iglesia y en la sociedad", 37.
- 37 Juan Pablo II, "Dignidad de los trabajadores del campo y la violencia social", 22. El papa, en varios lugares, amonesta en contra de las ideologías, es decir, principalmente la ideología marxista que acepta la existencia de una lucha de clases. En contra del uso de las ideologías, véanse "Abrazar la causa de los pobres", 16; "Educar en la fe", 9, 13, 27; "Unidad de la Iglesia", 14, 15, 22, 23; "Dignidad de los trabajadores del campo y la violencia social", 22, 23; "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 13, 20; "Identidad y misión de los presbíteros", 10, 14, 15, 22; "La fe y la promoción social. Evangelización y liberación", 9, 19; "Evangelización de los pobres", 18; "Signos de comunión y reconciliación", 15, 16, 17; "Relación entre la universidad y la Iglesia", 15; "El evangelio de María", 19; "La palabra de Dios", 13; "Trabajo, salario, analfabetismo y desempleo", 6, 16; "Figura del obispo en América Latina", 21; "El amor grita: 'Justicia y paz'", 11.
- 38 Juan Pablo II, "Dignidad de los trabajadores del campo y la violencia social", 23.
- 39 Juan Pablo II, "Evangelización de los pobres", 18.
- 40 Juan Pablo II, "Trabajo, salario, analfabetismo y desempleo", 8. Véanse también "Unidad en la Iglesia y en la sociedad", 11, 12, 14, 38; "Construir la Iglesia en diversidad de servicios al mundo", 18; "Evangelización y fraternidad", 7, 8, 11, 12; "Dignidad de los trabajadores del campo y la violencia social", 8, 11-29; "Paz y reconciliación", "Camino del diálogo", 21, 20; "El evangelio de María", 19, 29; "Evangelización y fraternidad", 19-21.
- 41 Juan Pablo II, "Evangelización y fraternidad", 20, 21.
- 42 Juan Pablo II, "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 13.

- 43 Juan Pablo II, "Significado religioso y finalidades pastorales del viaje", 14; "Unidad en la Iglesia y en la sociedad", 38.
- 44 Juan Pablo II, "Significado religioso y finalidades pastorales del viaje", 9.
- 45 Juan Pablo II, "Unidad en la Iglesia y en la sociedad", 31.
- 46 *Ibid.*
- 47 *Ibid.*, 10.
- 48 *Ibid.*, 20.
- 49 *Ibid.*, 25.
- 50 Juan Pablo II, "Signos de comunión y reconciliación", 23.
- 51 Juan Pablo II, "Unidad en la Iglesia y en la sociedad", 30.
- 52 Juan Pablo II, "Identidad y misión de los presbíteros", 29.
- 53 Juan Pablo II, "Pascua de liberación, renovación personal y social", 18.
- 54 Juan Pablo II, "Pascua de liberación y renovación personal y social", 13; "Dignidad de los trabajadores del campo y la violencia social", 27; "Unidad de la Iglesia", 25, 26, 27; "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 1.
- 55 Juan Pablo II, "La paz fruto de la justicia", 4.
- 56 Juan Pablo II, "Evangelizar a los pobres", 15.
- 57 Juan Pablo II, "La fe y la promoción social. Evangelización y liberación", 19.
- 58 Juan Pablo II, "Evangelizar a los pobres", 18. Véase también "Relaciones entre la universidad y la Iglesia", 15, 18.
- 59 Juan Pablo II, "Signos de comunión y reconciliación", 16, 17, 15.
- 60 Juan Pablo II, "La paz fruto de la justicia", 4; "La fe y la promoción social. Evangelización y liberación", 2, 17, 21, 24.
- 61 Juan Pablo II, "La fe y la promoción social. Evangelización y liberación"; 20, 21; "Evangelizar a los pobres", 21; "Relaciones entre la universidad y la Iglesia", 18.
- 62 Juan Pablo II, "Compartir los sufrimientos de El Salvador", 4.
- 63 Juan Pablo II, "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 8.
- 64 Juan Pablo II, "Visita a la tumba de Monseñor Óscar Romero", 8.
- 65 *Ibid.*
- 66 Juan Pablo II, "Identidad y misión de los presbíteros", 10.
- 67 Juan Pablo II, "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 9, 13; "Identidad y misión de los presbíteros", 14, 15, 22.
- 68 Juan Pablo II, "Compartir los sufrimientos de El Salvador", 6; "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 2, 18; "Identidad y misión de los presbíteros", 30.
- 69 Juan Pablo II, "Paz y reconciliación. Camino del diálogo", 20.
- 70 Juan Pablo II, "Llamada del diálogo y a la paz", 6.
- 71 Ezcurra, *Agresión ideológica contra la revolución sandinista*, Nuevo Mar, México, 1983, pág. 185.
- 72 Instituto Histórico Centroamericano de Managua, "Juan Pablo en Nicaragua", 95. En "Centroamérica, viaje del papa a través de sus discursos", *Christus*, Centro de Reflexión Teológica, México, año 48, Núms. 564-565, abril-mayo, 1983.
- 73 *Ibid.*, 100.
- 74 *Ibid.*, 101.
- 75 *Ibid.*
- 76 "Profanaron la misa los sandinistas al corear lemas: Vaticano", *Excelsior*, México, D. F., domingo 6 de marzo de 1983, páginas 1 y 33.
- 77 Juan Pablo II, "Unidad de la Iglesia", 2.
- 78 *Ibid.*, 9.
- 79 *Ibid.*, 25.
- 80 *Ibid.*, 14.
- 81 *Ibid.*, 15.
- 82 En *Iglesia, carisma y poder* (42), Boff afirma lo mismo.
- 83 Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Tomo II, pág. 324.
- 84 2-2, q. 66, a. 1c.
- 85 2-2, q. 66, a. 2, ad 1.
- 86 Véase 1-2, q. 93, a. 3, ad 2; 2-2, q. 66, a. 7.
- 87 Véanse 2-2, q. 77, a. 1; Aquinatis, *In decem libros ethicorum Aristotelis, Expositio*, 953, 954, 963, 964, 896, 929.
- 88 Véase 2-2, q. 78, a. 1. Para un desarrollo más detallado de esta doctrina de Santo Tomás, véase nuestro *La ética católica y la conservación del capitalismo*, págs. 91-106.
- 89 Miranda, *Comunismo en la Biblia*, 9-10.
- 90 Juan Pablo II, "Unidad de la Iglesia", 18-19.
- 91 *Ibid.*, 20.
- 92 *Ibid.*, 22.
- 93 *Ibid.*, 23.
- 94 *Ibid.*, 65.
- 95 *Ibid.*, 28.

